

CHORICERA: EL REY DE LA PLAYA.

M. ag 29/948.

Por ALFREDO NUÑEZ PASCUAL

"VIVE como yo vivo si quieres ser bohemio. De barra en barra, de trago en trago.." Y la tonada se repite una y otra vez mientras los bailarores sudorosos contonean sus cuerpos, con ritmo en las caderas, respondiendo al compás de un instrumento de percusión: unos timbales en cuyos cueros dos palillos maneados por manos privilegiadas marcan las cadencias y los quiebras de la música.

¿Quién es el que así provoca a los bailarores? Nada más que una persona: Choricera, el rey de la Playa, cuyo nombre ha merecido la atención de los mejores magazines norteamericanos. La música lo enerva, pero es necesario acompañarla con licor. Tras una buena dosis de ambos elementos, es capaz de hacer bailar al más rehacio.

Choricera. He aquí un nombre que ningún habanero familiarizado con la vida nocturna de la capital ignora. Son pocos los visitan-

tes extranjeros que no lo conocen, porque su fama traspasa los límites de la Isla. De Estados Unidos le han ofrecido jugosos contratos, pero todos los ha rechazado. Hizo una promesa de no abandonar a Cuba.

.. Playa de Marianao

El noctámbulo citadino tiene como meta, no importa su rango social, la Playa de Marianao. El deseo de visitar ese lugar está en razón directa al volumen etílico que haya ingerido. Con razón las únicas rutas de ómnibus y tranvías que mantienen un servicio constante durante toda la noche son las que conducen a ese sitio de diversión.

Muchos norteamericanos la comparan con el Coney Island. Es posible que haya en esto algo de cierto, pero viene al suelo cuando se intenta hacer un paralelo con los valores humanos de ambos sitios. La playa neoyorquina tiene cuerpo de multitudes, pero carece del alma que palpita en el rincón del vecino término marianense. al

final de la Quinta Avenida, donde convergen, solamente separados por un amplio bulevard, el más encoquetado y el más humilde de los entes de la sociedad.

La Playa, así se le denomina por antonomasia. Huelga el nombre que le dé ubicación. Su sola mención basta para situarla y es sinónimo de diversión. La rumba al son de tambores y guitarras, brava y rudimentaria como es en realidad, impera en esos lares. Y hay un monarca que gobierna sin más escudos nobiliarios que un par de timbales y dos palillos manejados por sus manos prodigiosas. Responde al nombre de Choricera, Chori en apócope cariñoso.

En busca de ese emperador sin corona se dirigió el reportero una noche a la Playa. Sació de sobra su curiosidad y creyó captar aristas de una singular originalidad, que ahora trata de ofrecer fielmente a los lectores.

Hay que Coger un Calorcito

A las once de la noche el ambiente es tranquilo. Por las aceras de los quioscos de la Playa pasean las parejas y quienes, solitarios, andan en busca de la suya, sin atreverse a entrar en los lugares de diversión que tanto abundan. Bien dice Clara, la rumbera: "Es necesario entrar en calor para gozar la fiesta".

Efectivamente, pasada la media noche, los tragos han hecho el milagro de elevar la temperatura de la "sangre fría", y la Playa empieza a vivir. Los habitués se despe rezan y se lanzan a la vorágine del baile, para no terminar hasta mucho después que ha salido el sol.

El ambiente se transforma. De la tranquilidad de horas antes se entra en el vértigo. Con las gentes humildes se entremezclan las de alcurnia, y la Playa comienza a ofrecer lo que es muy suyo: diversión, diversión hasta el agotamiento.

Aquí es cuando Choricera, la figura central de este reportaje, comienza a vivir, gracias al milagro que operan en su espíritu varios tubeyes —ronas dobles—, que al principio despreció para tomarse un refresco carbonatado.



Bien dice este hombre que la Playa es su mundo. Vive siguiendo el ritmo de las gentes que allí se reúnen, y todavía cuando ellas se retiran cansadas continúa disfrutando su fiesta, la muy íntima, en la que dilapida los dineros obtenidos en la madrugada. El mañana no le importa, vive el momento. Ya habrá en la noche siguiente quien ponga en sus manos lo necesario para librar el sustento.

No le Interesa el Mundo

La Playa tiene sus tipos característicos. Escojamos solamente un puñado de ellos para este reportaje que trata de copiar, con la mayor fidelidad posible, el ambiente. En primer término Chori, llámémosle ya por su apócope, la estrella. En un segundo plano la pareja de rumberos Alberto y Clara. Después, para dar ambiente, Gardel, Pancho, el director del conjunto musical; y Chamba, otro rumbero.

Describamos a las segundas partes primero. La estrella merece un aparte. Gardel es un muchacho en apariencia. Lleva más de quince años en la Playa. Siempre anda con su guitarra bajo el brazo. Le llaman por el nombre del gran cantor porteño desaparecido, porque en sus inicios solamente había tangos en su repertorio.

Hoy Gardel entona boleros y canciones sentimentales. Como oímos decir a uno de los visitantes del lugar: "Es bueno para que entre al final, cuando uno quiera ponerse triste". Es amigo inseparable de Chori, pero siempre comienzan la noche riendo, para después hacer las amistades a los albores de la mañana.

Antes de abandonar a Gardel recojamos su gráfica descripción de la Playa, que califica como "el barrio de la Universidad de la vida". Efectivamente, allí aprendió él todo lo que sabe de la Capital, porque en ese lugar ha consumido muchos años, desde que en busca de fortuna abandonó su pueblo natal en el interior de la República para trasladarse a La Habana.

El bailarín Alberto tiene historia deportiva. Su apellido es Torriente. A los fanáticos deportivos la combinación de ambos nombres les será familiar. Se trata de aquel atleta que en La Habana primero, en México luego y por último en El Salvador, defendió los colores cubanos como integrante del team de campo y pista en las Olimpíadas Centroamericanas. Participó con éxito en las competencias de cien y doscientos metros planos, salto largo y relevos.

Pero el baile le atraía mucho más que el deporte. Recuerda que en una ocasión estuvo en una fiesta hasta las cuatro de la mañana y al día siguiente compitió y obtuvo la victoria. (Un milagro deportivo, pero no un buen consejo para los atletas). Ahora está dedicado enteramente al baile. Cuando se le quemó la casa hace años, perdió los recortes donde constaban sus hazafías en las competencias. Con el fuego desapareció el último vestigio del atleta y quedó incólume el artista bohemio.

Ahora Alberto tiene de compañera a Clara, la mulata sandunguera que "vive" el baile, en unión de quien inauguró el Havana-Madrid de Nueva York. La conoció en una casa donde ensayaban los coros para una compañía de Julio Chapottin. Al darse cuenta de sus facultades la convenció para formar pareja. Ella aceptó y a las pocas semanas debutaban en el cabaret Pennsylvania de la Playa. Llevan trece años bailando juntos.

Clara confiesa que para ella ser rumbera es una diversión. Lleva el baile en la sangre. Sentir el ritmo y alegre redoblar de tumbas y

tambores, y recorrerle todo su cuerpo un cosquilleo es una reacción típica en ella. "No está en mí —explica— por un buen toque soy capaz de ir hasta el fin del mundo".

Y llegamos a Chamba, rumbero también y que actúa en otro lugar de diversión de la misma Playa. Se lleva muy bien con Alberto y Clara, a pesar de cultivar el mismo género que ellos. Este Chamba nunca está triste. Tiene una filosofía muy especial de la vida. Después de pedir "un trago del duro" (coñac de la más baja calidad), pronuncia esta pintoresca sentencia dirigida al grupo que le acompaña: "No me interesa el mundo y vivo la vida. Espiritualicense y siéntanla como yo la siento".

Un Prolongado Introito

Llegar temprano al Ranchito Nite Club, lugar donde trabaja Choricera, es tiempo perdido si se quiere entablar conversación con él. En esos momentos, aproximadamente a las once y media de la noche, está sobrio. Rehuye de la compañía y se molesta si le invitan a tomar un trago. Prefiere entonces un refresco carbonatado.

Es aconsejable aguardar afuera, en la especie de café al aire libre que hay en las aceras de la playa, para esperar la oportunidad en que Chori sea abordable. Disfruta el reportero entretanto de la compañía de los rumberos, de Chamba y de Gardel. El último entona una melodía para solaz de los ocupantes de la mesa.



3

Pasa un vendedor de alcancías, cada una de ellas presidida por la imagen de una santa, Chamba trata de adquirir una y le piden un peso cuarenta centavos. No puede comprarla, no le alcanza el dinero que lleva en los bolsillos y comenta: "Tengo que vender muchas papeletas para cargar con ella".

Al referirse a las papeletas se está remitiendo a un beneficio que se prepara en su favor, la venta de cuyas entradas irán a engrosar su peculio. También Alberto y Clara tienen el suyo. Será el cuatro de septiembre, en el mismo Ranchito Nite Club.

Los minutos transcurren y el lugar se va animando. Es la hora de pasar al interior del modesto cabaret. Los shows van a comenzar. Ya la orquesta ha iniciado los primeros compases. Aquí es donde encaja la descripción de su director: Pancho Boffil. Pero pongámosla en boca de Clara, la rumbera. Es más gráfico.

"Pancho Boffil. ¡Qué gran tipo! Tiene un apellido francés, símbolo de distinción. Y, ¡qué bien lo lleva! Por eso le decimos Cara Linda. Espere usted a que comience a tocar la tumba. Verá que razón tenemos para llamarlo así. Adopta aires de gran señor, pero la expresión de su cara es capaz de darle un susto al miedo. ¡Pero como toca, mi hermano, es la cátedra!"

Rumba, Rumba y Rumba

El reportero ya se encuentra en el interior del cabaret. Es un colgadizo de techo muy bajo, apenas alcanza los ocho pies, adornado con guirnaldas de papeles de colores y de hojas secas. La luz es pobre y al fondo se abre una puerta que comunica con la residencia del propietario.

Todavía el periodista no ha logrado que el genial timbalero se le franquee. Temperamentalmente, como todos los artistas, Chori se niega a brindar información alguna sobre su vida. Pero los tubeyes habían de operar el milagro bien pronto. Por lo menos hubo necesidad de que **empujara** más de media docena de carreras a base de batazos de dos esquinas, para hacerle hablar.

Primero el conjunto hace música para que bailen los parroquianos. Choricera ocupa uno de los extremos de la tarima, precisamente aquel situado junto a la pared. Los palillos que maneja con habilidad inusitada van marcando los ritmos cubanos al golpear sobre el cuero de los pequeños timbales.

Pero no le basta con eso. Gusta combinar también sonidos metálicos y, para obtenerlos, pega contra los costados de cobre de su instrumento de percusión y contra una pieza de la rueda de un **fotingo** de hace tres décadas, de la que consigue los agudos colgándola de una de las llaves de los timbales, y los graves, poniéndola de plano encima del cuerpo del de la izquierda.

77

Hay algo más todavía. Un puntal de la pared produce un sonido seco que no desperdicia Choricera. De ahí que se le vea en alguna que otra ocasión incorporarse y tocar con los palillos en ese madero. Generalmente en tal posición y con ese toque ejecuta los últimos compases de todos los números.

El Número Central

El Ranchito Nite Club se ha ido animando. Son varias las mesas que están ocupadas por parroquianos que han ordenado botellas enteras de whiskey escocés y de coñac español de la mejor calidad. Es indudable que ha llegado el instante propicio para presentar el primer show.

La misma rumbera Clara es la encargada de advertirlo al conjunto de Pancho Boffil. Utiliza un conmutador eléctrico por el que enciende momentáneamente las amarillentas luces que iluminan, para sus presentaciones, el salón con piso de cemento pulido que será el escenario del baile.

Los músicos se ponen en movimiento y sacan tambores y tumbas para la Quinta Avenida, donde con papeles viejos forman una fogata a cuyo calor son templados esos instrumentos de percusión. Un perro amarillo, achacoso por los años, entra en el salón y se echa junto a una de las mesas centrales. Es Hatuey, la mascota del cabaret, que no pierde uno de los shows.

Entonces, Chori baja con su instrumento de la tarima y se sienta en el mismo plano que los bailarines. Boffil cambia su guitarra por una tumba, tambor alargado que llevan los congueros colgando de los hombros.

Clara viste ya su bata de rumbera, amarilla y verde. Alberto su camisa de vuelos, con un pañuelo policromo, en el que predomina el rojo, por el cuello; pantalones oscuros y sombrero de jipi. En esos atuendos permanecerán toda la madrugada. Los shows son tantos como merezca la pena hacerlos, ya que por regla general los parroquianos permanecen en el lugar el tiempo suficiente para ver el baile y luego se marchan. Es una clientela que cambia constantemente.

Comienza el baile. Clara es la primera en salir al ruedo. Su cuerpo se contorsiona al compás de la música semisalvaje. Su carne canela, bañada de sudor, es lustrosa. Hace un alto en sus giros para que Alberto entre en escena. Este ensaya varios pasos, se quita el pañuelo del cuello y lo lanza, hecho una bola, al suelo.

Ese gesto es señal para que Clara se acerque bailando a la prenda multicolor y empiece a rodearla, como adorándola. A ratos se aleja ella, para volver a acercárcele. Parece como decidida a lanzarse al suelo para recogerla, pero a última hora se arrepiente. La rutina se repite, aunque siempre con pasos diferentes.



4

Al fin viene la recogida del pañuelo. No se hace violentamente, porque la mulata se arrodilla ante el mismo y casi lo toca con la boca, contoneándose todo su cuerpo en lúbricos movimientos, pero no lo recoge, sino que se echa hacia atrás y de rodillas pega contra el suelo su cabellera.

Entretanto mueve los hombros desenfrenadamente y en esos movimientos arrastra los esnos, al compás de una música que la enardece. Vuelve hacia adelante, con rotar de las caderas y al fin aprisiona con sus dientes el pañuelo. Se echa de nuevo hacia atrás y al fin se incorpora con un salto felino.

Unos cuantos giros rápidos y el pañuelo sale de sus manos hacia Choricera, quien en un alarde de pelotero experimentado se incorpora para atraparlo con una mano. Repiten varias veces la suerte sin una sola falla. Apenas el timbalero se sienta, la rumbera viene hacia él y en un rápido paso de baile le pasa su pie derecho por encima.

Entra de nuevo Alberto en acción y el número termina con una rumba que baila la pareja, ejecutando los más originales movimientos. En el bailarín se combina lo que le resta de agilidad al atleta de otrora y su fino oído para la música, que le permite hacer quiebros a contracompás, que es precisamente donde radica la habilidad de un buen rumbero.

Choricera sigue actuando. Ahora viene su exhibición. Se va a entonar un son que lleva su nombre y cuya letra se improvisa en cada ocasión que se ejecuta. El fondo musical, cadencioso y lento para solaz de los bailadores, permite esa innovación.

Se reproduce el diálogo de un juicio correccional. Uno del coro comienza diciendo: "Llegó la hora, guardias", y entonces Choricera hace como si llamara a acusados, acusadores, testigos y vigilantes: "Emilia Pérez Pedroso", el conjunto le responde "No ha comparecido", "La Negra Paula", —"Certificado Médico". —"Florindo Briso" —"Aquí", y siguen los nombres hasta que son llamados los vigilantes Filiberto Lazo y Chamiso.

Viene entonces el juicio propiamente dicho y Choricera es el juez que pregunta. Los del conjunto le responden. De ese modo inventan los más inverosímiles relatos, que muchas veces tiene de protagonistas a los mismos bailadores. Desde luego, que aluden a los de confianza, "para evitar tragedias".

La Playa es su Mundo

Tras de cantar Frutas del Caney, que lo hace con voz de bajo y una entonación *sui generis*, Chori, que en su físico remeda al protagonista negro de la película inglesa Atavismo, recién estrenada en La Habana, se decide a contar su historia.

Vino a La Habana por primera vez en 1927. Formaba parte de un conjunto denominado **Los Campeones del Son**, que dirigía Aurelio Miró. Hacían la propaganda del entonces gobernador de Oriente, Gabriel Barceló.

Estuvo una noche en la playa y le gustó el ambiente. Supo de la experiencia de las noches enteras en vela, libando bebidas alcohólicas y cantando, para esperar **el amanecer y entonces irse a la cama**. Esa vida le fascinó, tanto que decidió abrazarla y lo hizo con tal decisión que todavía sigue en ella, gozándola más cada día, léase noche, que transcurre.

Su nombre es Silvano Schuegg Echevarría. Nació y se crió en Santiago de Cuba. Desde muy niño advirtió su inclinación a la música afro cubana. Tiene en la actualidad 48 años. Hasta el final de sus días, que no le importa cuando sea, continuará en la playa. Le interesa ganar buena plata por la noche, para gastarla al amanecer del día siguiente, hasta que el sol comienza a quemar, en su propia fiesta, reuniendo a su alrededor al grupo de gentes de la Playa que han sido a través de los años sus mejores amigos.

Las ofertas, con jugosos contratos, le han llovido de Estados Unidos. Muchos agentes teatrales han ido a buscarle para llevarlo a Nueva York. Pero siempre se ha negado. No puede salir de Cuba. Poco antes de abandonar a Santiago, y ante una imagen de la Virgen de la Caridad, hizo la promesa solemne a su abuela moribunda, Encarnación Echevarría, que nunca pasaría de La Habana. Todo el dinero del mundo no le haría faltar a ese voto.

La Playa es su mundo. Allí ha pasado ya dos ciclones. En el últi-



mo, que comenzó a batir con más intensidad con el nacimiento del día, había estado tocando hasta cerca de las cinco de la madrugada. Velas de sebo sustituyeron en esa oportunidad a los bombillos eléctricos. Como los parroquianos continuaban llegando la función no podía interrumpirse.

Ya solo con el dueño del lugar, la familia de éste y los rumberos, no hacía más que pedir *tubeyes*. De ese ron que se echa sobre el mostrador, se le acerca un fósforo y arde como el mejor de los combustibles. A cada trago formulaba el comentario siguiente: "Sigamos tomando, pues si el viento tumba esto se lo llevará todo, con excepción de lo que tengamos entre pecho y espalda. No serán tantas las pérdidas a lamentar mientras más tomemos".

Así pasa la vida de Chori, espíritu bohemio sin par, que vive su propia existencia sin importarle las de otros. Está orgulloso de haberle tocado a lo mejor de La Habana, incluyendo a embajadores y ministros extranjeros, y de que lo invitaran, conjuntamente con la pareja de rumberos, para actuar a bordo del yate en que vinieron a La Habana Wally Simpson y el Duque de Windsor.

Sostiene, con razón, que el son y la rumba auténtica se mixtifican

al ejecutarse con otros instrumentos que no sean los que tiene el conjunto de Pancho Boffill. Está condenando, cuando así habla, a la trompeta y al piano.

"Está bien, —dice— que el son se vista de etiqueta para ir a Palacio, pero aquí no hace falta, por eso tenemos más y mejores clientes. Sentimos de verdad lo cubano".

Y al decir esto movía la cabeza hacia un lado, inclinándose para alcanzar con su mano el *tubey* que descansaba junto a su pie derecho.

"Mi historia no es interesante, —fué su sentencia final— es una de tantas. Aquí en la Playa he echado la mayor parte de mi vida y tenga la seguridad de que echaré el resto. Vivo feliz. No puedo quejarme. Tengo amigos y éstos no me olvidan. Una vez que me conocen no pueden olvidarme. Usted va a ser uno de ellos —se dirigía al periodista—, ya lo verá. He de verlo por aquí de nuevo".

Y diciendo esto volvió a sumirse en sus malabarismos musicales sobre los pequeños timbales, cuyo alegre repiquetear se escucha en casi todos los ámbitos de la Playa, como el de un toque de santo y un símbolo de que quien lo ejecuta bien se ha ganado la denominación de Rey del lugar...

M. ag 29/48





Choricera expresa su alegría musical con un gesto de dolor...



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



La voz grave de Choricera, en primer plano, se une a la del conjunto de Pancho Boffill.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Enardecida por la música, sudoroso su cuerpo, Clara responde al reclamo de Alberto, el bailarín.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Los tubeyes han hecho su efecto, Choricera goza con el toque.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



La rumba, como baile, permite toda clase de libertades, pero hay que saber.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA